

## XLVIII

“Yo sigo en mi patriótica tarea,  
Aunque en mar de tristezas anegado.  
Si alguno en ella parte ser desea,  
Plazas hay para el jefe y el soldado.  
Aquí no se asesina, se pelea.  
De piedad bajo el lábaro sagrado  
La causa de la Patria, causa santa,  
Más alto que matando, se levanta.”

## XLIX

“No pasarán dos lustros sin que suene  
El último clamor de la victoria.  
Ignoro si Morelos ó el que viene,  
Que vendrá como en alas de la gloria,  
De darlo la mision divina tiene.  
En cuanto á mí, lo contará la historia,  
A México he de ver, libre de saña,  
Independiente de la madre España.”

## L

Dijo, y partió. De aplausos los clamores  
Atruenan los espacios, y dianas  
Alegres de clarines y atambores  
Y vítores sin término y hosannas.  
Los que viven merced á sus favores,  
De gratitud dan muestras soberanas,  
Doblando los hinojos, y besando  
La huella que en el polvo va dejando.

RAFAEL GÓMEZ.

## UN HÉROE INMORTAL

HOMENAJE DE SINCERO AFECTO AL SR. GENERAL FRANCISCO O. ARCE.

Los vencidos vencieron, los proscritos  
reinaron, los muertos fueron dispensado-  
res de la vida! . . .

CASTELAR.

Cuando los primeros albores del siglo XIX descendían sobre los pueblos oprimidos, á manera de aurora resplandeciente, símbolo de libertad y de belleza, como nuncio de venturas y de paz; cuando la España se abatía impotente bajo las garras del águila francesa, anhelante de llevar sus conquistas, como la antigua Roma, á todo el mundo conocido; cuando la Europa entera surgía del sueño letárgico en que yació despues de las Cruzadas hasta que Napoleon quiso adueñarse de los destinos del mundo, y despues que la pluma de Voltaire, conmoviendo las sociedades, las atrajo hácia sí para arrojarlas luego en el caos del más inmundo esceptismo, quebrándose en las manos del filósofo como la espada brillante del atleta; cuando los rayos de una nueva era iluminaron la frente del universo, y la jóven Libertad, ataviada con sus magníficos arreos, marchaba á la cabeza de los tiempos, pura como las vestales, hermosa como la Vénus de la fábula, llevando en la una mano el ancla de la esperanza y en la otra la tajante cuchilla que debia cortar el nudo gordiano de vetustas supersticiones; finalmente, cuando comenzaba nuestro siglo á encarrilarse en el camino de la civilizacion y á ser el prólogo y fin del gran libro en que leen su destino los pueblos libres, entónces tambien la jóven Anáhuac, esclava del hidalgo español durante tres siglos, vió que se entreabria para ella el horizonte de la libertad, y acompañada por la justicia de su derecho, formando el coro gigantesco de ambos mundos, se lanza en pos del ideal que perseguía, con la

frente preñada de esperanzas y el corazón latiendo al calor de halagadoras ilusiones.

En la clepsidra de los tiempos marcaba el dedo huesoso del Destino la hora que soñando vivían Hidalgo y Allende y todos los corazones patriotas que, temerosos de la Inquisición y del Rey, no habían aún alzado el grito de Independencia. Por eso la morena Anáhuac, harto tiempo adormecida en su lecho de flores, cuando las cántigas del indio resonaban alegres en sus selvas bellísimas, y más tarde, trocada forzosamente en concubina del orgullo ibero en ese vasto harem que se llama el Nuevo Mundo; la Patria, que aún vivía con el aliento de sus gloriosas tradiciones, único resto de sus pasadas pompas, acogió en su seno el germen de la nueva idea para pedir cuenta de sus derechos.

Y cual si las olas del Océano salieran de su lecho inundando los continentes, así desbordóse la buena nueva por los campos del humano espíritu, y la fecunda idea de la libertad encontró apóstoles de todo corazón patriotas.

Ved cómo surgió aquella lucha ciclópea, cuando las evoluciones de la humanidad habían llegado al zenit de su apogeo.

Por una parte la poderosa España, con sus páginas brillantes en la Historia antigua y moderna, con el recuerdo indeleble de su cautiverio durante siete siglos, con su amadísimo rey Fernando VII, huésped forzoso de Napoleón, en el soberbio Versalles: allí estaba la Iberia de la edad antigua, palpitantes aún en su memoria las titánicas luchas de todos los tiempos, con el resabio todavía del pomposo feudalismo de la Edad Media, con el carácter dominador y místico á la vez de la Edad Moderna. Vedla allí encerrando en su recinto grandioso las proezas de Carlos IV con las ideas estrambóticas é ilusorias de Felipe II. Sí, ahí estaba con sus crímenes y sus virtudes, grande é invencible, señora omnipotente del mundo de Colón.

Frente á frente del indómito español, en aquella Cruzada por la libertad, se erguía con orgullo el fragmento más hermoso del Continente americano: México. Conservando en sus venas la sangre ardiente del azteca con la belicosa de la ibérica raza, y ornando sus sienes con el laurel del indomable, México resucitó á la vida moderna, como Lázaro á la voz de Cristo. Contempladlo en el escenario de la Historia ó en los anales de su vida política—si política puede llamarse propiamente la tutela en que vivía—y lo veréis destacarse en el mundo moderno adornado de sus dones divinos, deleitándose con las odas de Netzahualcoyotl, odas pindáricas de aquende los mares; con el patriotismo de Cuauhtemoc, ese Guzman el Bueno del Anáhuac, ese mártir que podría tomarse por un espartano; con la dulce reminiscencia de su vida nómada y deleitable; con sus galas naturales y por lo mismo hermosas, y ardiendo en la

vastedad de su territorio el sol tropical que formará perenne primavera en sus cármes floridos; contempladlo al través del prisma de su estado normal, y veréis si aquella lucha sublime no vendría á ser la lucha de felices trascendencias que debiera formar el símbolo del patriotismo.

En una y otra parte, surgieron luego campeones indomables: sus esfuerzos patrióticos forman el núcleo de su áurea gloria.

Empero ninguno tan grandioso como el prototipo de la abnegación y del heroísmo, Don Nicolás Bravó, figura prominente en los fastos de la humana gloria, emblema elocuentísimo que habla al corazón con el lenguaje maravilloso del profeta y del héroe y con las radiaciones del genio. Nacido en la oscuridad de la masa popular, pero amamantado con el néctar divino del amor á la familia y á la patria; llevando en su serena frente aspiraciones infinitas por la libertad; recorriendo en los días de su tranquila infancia el pentágono de la universal armonía; escalando en sus ensueños juveniles los ideales rosados de la existencia; abstraído completamente de la vida pública, porque abrigaba natural repulsión á la monarquía viciosa de los vireyes, y contemplando en el porvenir, con la segura mirada del próspero, los fulgores santos de una era de paz y bienandanza, nuestro héroe entró resueltamente por donde han entrado los héroes inmortales de Roma y de Grecia. Su alma, trasplantándose en el más puro patriotismo, se elevó en ascensión, rápida, brillante, egregia, á las regiones donde se elevaron las grandes empresas y adonde se acometen los proyectos gigantescos de la humanidad.

Quienquiera que lea la historia patria, en aquella época de lucha que comprende del año de 1810 á 1821, verá que, destacándose por cima de todos, brilla con los reflejos de la gloria el pundonoroso D. Nicolás Bravo; y quienquiera que también lea las páginas de la misma historia correspondientes al año de 1847, verá asimismo que la espada de Bravo vibró mil veces en Chapultepec contra los norte-americanos, que seducidos por visiones fantasmagóricas, y en virtud de una ineludible evolución en los anales del mundo, trajeron exterminio y muerte al hermoso país de Moctezuma.—Lo recuerdo muy bien: cuando leí la historia siempre interesante, siempre sorprendente, de la guerra contra el invasor del Norte, no pude ménos que elevar un himno de entusiasmo en honor del insigne Bravo, como no pude ménos también de admirar tan feliz coincidencia: un caudillo de la Independencia de 1810 luchaba por la Independencia de 1847!

En la primera etapa de su gloria, cuando la edad atizaba el fuego de sus inspiraciones, unió la generosidad de su alma al entusiasmo de su corazón. La idea lanzada á la faz del planeta por el humilde Hidalgo, no debía extin-

guirse, porque nunca se extinguen las concepciones grandiosas que abrazan al mundo con cariñosa ternura; la idea de independencia no debía morir, porque en los campos etéreos del espíritu humano hay ángeles que velan por la inmortalidad de las causas santas, ángeles que con un solo ademán hacen renacer las ideas muertas, como el fénix, de sus propias cenizas. Hé aquí por qué á los iniciadores de la primera época sucedieron los de la segunda, para iluminar las generaciones con los triunfos de sus patrióticos esfuerzos. Entónces se alzan majestuosas las figuras de Morelos, Matamoros y Galeana, pero dominándolas en todos sentidos, la del eximio Bravo.

Más tarde, en el peldaño altísimo de su grandeza, nuestro caudillo tuvo que presentar su pecho á las silbadoras balas del Norte. Esta fué la segunda etapa de su gloria. ¡Cuánto habian cambiado los tiempos! ¡Qué de metamorfosis se habian sucedido en el hermoso país mexicano! Ya entónces, el año que formó época en el curso de los tiempos, porque dió vida propia á nuestra patria, aparecia en su memoria como el estruendo de lejana tempestad, como el resplandor apacible de la aurora sempiterna del progreso. Ya no tenia que combatir con los locuaces españoles, antiguos bailadores de saltarelos y tiranos feudales con sus estúpidas mesnadas; tenia que luchar con el soberbio Jonathan, que en su rápida invasion venia entonando, con sarcástico acento, el himno entusiasta del Coloso. Pero afortunadamente es peculiar carácter del genio no arredrarse ante un número infinito de adversarios, ni abatirse ante las más espantosas catástrofes; por eso el General Bravo defendió con bizarría la pureza del suelo patrio.

Y cuando cubrióse para siempre con tupido velo aquella horrible mancha, como se cubrió el ejército de Faraon bajo las ondas eritreas; cuando despues miró que en su suelo natal triunfaba únicamente el utilitarismo, porque tan sólo era el punto de mira de nuestros antepasados—triste es decirlo—el espíritu inquieto y revoltoso, ya entónces nuestro héroe miró concluida su misión, y esperando la muerte con la serenidad de los justos, resucitó á otra vida mejor, donde al presente goza del premio reservado á los grandes apóstoles de la Libertad, entre dos guerreros que representan magníficamente la Edad antigua: á la izquierda de Julio César y á la derecha de Alejandro!.....

De rodillas ante la Historia, y reunidas en su foco las tempestuosas agitaciones de nuestra alma, venimos á celebrar el primer glorioso centenario del esclarecido patriota objeto de estas líneas, porque las virtudes cívicas del hombre, como una especie de dios de las conciencias, deben ser necesariamente con toda dignidad establecidas, con toda pompa celebradas.

Hay en la vida de los pueblos un punto luminoso que proyecta sus ra-

yos sobre las generaciones del porvenir: sin Washington, los Estados Unidos del Norte tal vez no habrian alcanzado el lugar que hoy ocupan en la escala del progreso; México sin Hidalgo, habria seguido en la oscuridad del pária, y Venezuela sin Bolívar, fuera hoy como una planta marchita, como un sol apagado.

Y tras tantos afanes y desvelos por vivir respirando el aire libremente, ¿no será justo ensalzar las virtudes de Bravo, semejante á Washington, Hidalgo y Bolívar? ¿Seria México tan refractario á su orgullo legítimo, que dejara yacer en el olvido á uno de los caudillos de su Independencia?

No, mil veces no: honrar la memoria de los grandes héroes como un tributo de infinita gratitud, rendirles el debido homenaje á través del luengo tiempo en que existieran, es un deber imperioso en las naciones, que las eleva y enaltece y las hace dignas de presentarse con orgullo ante las demas; ello es una patente prueba de que viven imbuidas en acendrado patriotismo, y que á medida que el velo de los tiempos se descubre presentando y cambiando de faz los acontecimientos políticos, se renueva y aviva con fuerza prepotente, trayendo tambien á la memoria el recuerdo apacible de sus triunfos.

México y sus hijos, pero muy particularmente el Estado de Guerrero, donde vió la luz primera el ínclito D. Nicolás Bravo, dedican hoy un recuerdo á tan fausto suceso: el siglo XVIII sonrie complaciente desde el majestuoso recinto que ocupa, al recordar que hoy hace cien años vió nacer en su seno al que vivirán reconocidas mil generaciones.

¡Nuestros himnos en honor suyo, llegarán á su oído en la vida de ultratumba, cabe al trono del Eterno, donde vivirá permanentemente con la aureola de la inmortalidad, que Dios mismo colocó sobre sus sienes!

Guadalajara, 1886.

FRANCISCO SARACHO.